

## Una ciudad cualquiera

Los libros era lo único que tenía, y puesto que no estaba loco, recurrió a ellos buscando arrojar una luz a los sucesos que le acometieron, y, si de alguna manera podía, explicar el por qué terminaba sus días, escribiendo, en la cama de un hospital, con guardias en la puerta.

Su nacimiento fue tempestuoso, su madre tuvo complicaciones en el parto, ambos estuvieron a punto de perder la vida. Cinco meses pasaron hasta que ella pudo sostenerlo en sus brazos.

- ¡Es un milagro! - le decía la doctora

Ese día hubo un apagón en toda la ciudad, la gente culpó al intenso calor que creían había desbaratado la central eléctrica. Por la noche, a oscuras, él lloraba tanto que su madre tuvo que cantarle para que se durmiera, y así lo hizo, en un instante.

Las telecomunicaciones estaban pasando por un auge en su ciudad, Boston, los periódicos llevaban impresas noticias de todo el mundo conocido, y la radio era la habitual compañía en todas las casas del país.

Su madre no tardó mucho en darse cuenta de que extrañas coincidencias lo rodeaban constantemente.

El día que dio sus primeros pasos, la radio anunció, por la noche, la finalización de la primera guerra mundial; cuando le salió su primer diente de leche, la ciudad entera se maravilló por el paso del cometa Halley, la radio contaba que el suceso no ocurriría de nuevo hasta dentro de unos setenta y seis años; la vez que pronunció sus primeras palabras el país entero celebraba, por primera vez, La exposición universal, que congregaba en un mismo lugar avances tecnológicos del mundo entero.

- ¡Eres especial! - le recordaba su madre diariamente.

Él se enteró de la peor manera posible, en la fecha de su cumpleaños número once. Entró al comedor y la vio tirada, había sufrido un ataque cardíaco, estaba cocinándole su comida preferida. La radio y los periódicos anunciaban que un terremoto había devastado las cosas de Japón, dejando al menos once mil muertos a su paso.

Quedó a cargo de la criada que, como pudo, intentó darle los cuidados y la educación que el niño merecía. Creció siendo un ávido lector, como su madre, que tras morir le dejó una enorme biblioteca, se pasaba horas en el living tirado, leyendo, descubriendo tomos tras tomo.

Si bien en la escuela tenía compañeros, contaba con muy pocas amistades, sus aficiones solían diferir de las normales para los niños de su edad, como consecuencia buscaba compañía en los libros de la biblioteca que su madre le había legado.

Cuando se enamoró por primera vez a la edad de catorce años, nuevos sentimientos y sensaciones inundaron su cuerpo, ideas que no podía encontrar en ningún libro. Cuando ella lo rechazó, fue a su casa y escribió su primer poema, esa noche la luna los sorprendió a todos con un eclipse, en un evento astronómico del que los periódicos hablaron por un mes entero.

Mientras más crecía, más notaba estas circunstancias que lo rodeaban, no parecía ajeno, de lo contrario, hasta casi se podía decir que llevaba estos rasgos como una parte curiosa de su vida y su personalidad. Lo verdaderamente lastimoso era la reacción de los demás.

Siempre recuerda un suceso en particular.

Estaba cercano a cumplir los diecisiete años de edad, en su salón de clases habían asignado una tarea, debían escribir un ensayo sobre algo que hubiese llamado su atención. Él eligió la alegoría de la caverna.

En ella se relata la historia de un hombre que, encadenado con sus pares, disfrutaba de ver sombras en la pared, en cuanto se libera y sube por la caverna, hacia la superficie, ve un mundo hermoso, de sensaciones infinitas. Pero cuando baja a contarle a los demás, es asesinado.

La clase entera estalló en carcajada, la profesora, sorprendida, le preguntó por qué había elegido ese tema.

-Fue la primera lectura consciente de mi vida- afirmó inocentemente- Recuerdo que ese mismo día cayó la bolsa en Wall Street- continuó

Solo a él le causo gracia, la clase entera estaba callada, mirándolo con espanto. Desde aquella vez los comentarios por lo bajo y las miradas escrutadoras se hicieron más recurrentes. Era habitual el ser ignorado al querer entablar una conversación, como si él no fuera más que una sombra.

Su afición por la literatura siguió en incremento, por lo que consideró estudiar en la universidad, para poder pagarla consiguió un trabajo administrativo en la central eléctrica.

Su primer día de trabajo coincidió con el aniversario número once de la muerte de su madre. Esa noche volvió a su casa agotado de papelería, comió su comida preferida acompañado de un vino y la luz de las velas.

Un apagón había afectado toda la ciudad.

La noche anterior a empezar la facultad se levantó a la madrugada sobresaltado. Había tenido un sueño, o una pesadilla, depende como se viera. Tenía diferentes conceptos al respecto, creía que las verdaderas pesadillas no eran esos sueños en los que hay un peligro constante y al acecho; para él, pesadilla significa despertarse de un sueño en el que vuelve a ver a su madre, o donde aquello que tanto anhela se materializa ante él y, al despertar, solo queda el sabor amargo de golpearse con la realidad. O al menos otra realidad. Por el contrario, despertarse de un sueño que aterrizó cada molécula de tu ser, sólo puede ser comparado con el dulce sabor que un preso experimenta con la libertad.

En su pesadilla, o sueño, le ocurrió lo siguiente. Se encontraba en el patio de la secundaria, que, en realidad, era un inmenso jardín. Sus compañeros y alumnos del colegio andaban dispersos por ahí. Caminaba solo, como era de esperarse en esa época, cuando de pronto la vió, y recordó. Era de nuevo aquella tarde en la que, iluso, se declaró a su primer amor.

Sabiendo como había concluido la vez pasada, optó, por mucho que quisiese lo contrario y salir a su encuentro, a caminar en dirección opuesta. Para su sorpresa no pensó en ella y se dejó llevar por las curiosidades que se le presentaban en el camino.

Ella siempre andaba cerca, estaba acompañada, con su grupo de amigos. A él le pareció bastante curioso que cada vez que se diera vuelta ella estuviera ahí.

Fue a los baños, tomó agua y se miró al espejo, estaba despeinado pero no le importó. Salió y la vió parada a la salida con sus amigos, le fue inevitable no saludarla; ella se dio vuelta, lo saludó, y le dio una flor negra.

El cielo de repente se hizo negro, anocheció, y por él bailaron cientos de estrellas fugaces, que brillaban iluminando el momento en el que recibía la petunia, sorprendido.

Esa noche no pudo volverse a dormir, y aun así llegó tarde para su primer día de facultad. Había adquirido la costumbre, con el tiempo, de que cada vez que entraba a una biblioteca nueva, abría un libro que escogía al azar y leía la primera palabra que veía.

Le pareció oportuno hacerlo antes de ir a la facultad. Quería recordar las primeras veces de todo. Esa mañana abrió un libro por la mitad, y leyó:

“...La tierra tarda trescientos sesenta y cinco días en dar la vuelta al sol...”

Lo acompañaba una imagen del sistema solar, el autor explicaba una idea interesante. A diferencia de la noción estática del sistema solar, este le daba movimiento en su explicación, figuraba a los astros en constante rotación, y como todos estos, girando alrededor del sol, le daban al sistema solar la noción de un eterno espiral en movimiento, hacia el infinito.

Por eso llegó tarde.

Su primer día lo entusiasmó. Tuvo asignaturas que pudieron captar su atención, lo que más le gusto fue entrar a la biblioteca principal.

Abrió, por la mitad, el primer libro que vió.

Hablaba de los átomos y de lo que aquellos contenían. El libro mostraba una ilustración, le pareció sospechosamente similar a la imagen estática del sistema solar que había visto esa mañana.

Dejó el tomo en su lugar, preguntándose, si todo es átomos que están en movimiento, a qué velocidad alcanzarían hasta llegar a posarse de nuevo en la biblioteca.

Su paso académico fue de lo más fructuoso, se recibió con honores a los cinco años de empezar la carrera. Allí siguió escribiendo poemas y se adentró en el maravilloso mundo de los cuentos con excelsas calificaciones cada vez que tuvo la oportunidad.

Los sucesos que siempre supieron rodear su existencia siguieron ocurriéndole, pero más frecuentemente. Y, hacia el final de sus años académicos, dejaron de ser tan simpáticos, puesto que se habían inmiscuido en su vida diaria y cotidiana.

Tenía un gato negro al que llamaba Neptuno, un día apareció en su alfeizer, lo alimento y se le instaló. Se llevaban bastante bien y disfrutaban de la mutua compañía. Tanto fue así que lo incluyo en uno de sus cuentos que debían calificar como examen final.

En él relata la historia de que hubiera pasado si no aparecía en su casa, en el cuento acababa por conocer a una gata de color blanco, llamada Jupiter.

De calificación obtuvo la nota más alta.

Esa tarde, al salir de la universidad pasó por un anticuario, le llamó la atención las reliquias que allí había, al punto de entrar a saciar su curiosidad.

De frente a la entrada, en el extremo próximo del salón, había un hermoso mueble de cedro tallado con la más fina elegancia, jactaba tener al menos unos cien años. Apoyado, sobre él, una gata de majestuoso pelo blanco posaba como estatua.

- ¿Le gusta? - preguntó la dueña del local

-Al principio miré el mueble, pero después me llamó la atención el gato.

-... ¡es gata! - corrigió la señora- Se llama Júpiter, un día apareció en la puerta, le di de comer, y se quedó.

- ¡¿Júpiter?!

Trató de disimular, sin éxito, el estar sorprendido.

-Si, es un lindo nombre ¿No le parece, joven? - preguntó simpáticamente la señora

En otra oportunidad se encontraba trabajando en un cuento, en él contaba la historia de un hombre con pata de palo que había ganado la lotería con un ticket que encontró tirado en la calle.

Quiso tomarse un descanso para comer algo y rejuvenecer las ideas, pero no tenía nada. Salió a comprar manzanas, y, para su asombro el señor que estaba siendo atendido antes que él tenía una pata de palo.

«¡Que extraño!» pensó para sí mismo.

-La verdad que sí- dijo el vendedor- Una real pena lo de sus piernas señor

Le hablaba al hombre de la pata de palo, que, de un gesto de la mano, lo hizo callar.

-Quedáte tranquilo, me voy acostumbrando de a poco.

Él compró las frutas y regresó a su casa. Terminó el cuento de una sentada.

Habiéndose recibido con honores no le fue difícil encontrar trabajo. Consiguió una posición en su antigua secundaria; el primer día fue un tanto nostálgico, recorrió los salones y le vinieron recuerdos, algunos gratos, otros no tanto.

Pasó por el baño, se mojó la cara y se miró al espejo. Tenía el pelo recién cortado. Salió al pasillo y sintió un intenso deja-vu.

Parada, con libros en la mano y frente al jardín, había una mujer.

Él no supo distinguir quien era, ella lo reconoció al instante, y además, se alegró de verlo.

- ¿Te acordás de mí? - le preguntó

Al acercarse la reconoció, sorprendido le contestó:

- ¡Si, claro que sí! Éramos compañeros y correteábamos por este mismo patio.

- ¿Qué te trae por acá?- preguntó risueña mientras se acomodaba el pelo

-Soy el nuevo profesor de letras.

-Me comentaron que iba a venir un reemplazo, pero no sabía de qué materia.

- ¿Y vos, sos profesora? - le preguntó rápidamente para seguir con la conversación

-De historia- dijo alzando los libros como podía- ¡Y estoy llegando tarde a clase!

Miró el reloj, se despidieron y salió por el pasillo.

Él se quedó parado frente al jardín, recordando la flor que ella le había dado en un sueño.

Esa noche fue a su casa y cenó su comida preferida, lo acompañaba la radio, que anunciaba alegremente la llegada de las Leónidas, una lluvia de estrella fugaces que duraría al menos tres noches.

No tardaron mucho en enamorarse completamente, sus curiosidades tenían un paralelismo que ninguno de los dos había experimentado hasta entonces, y además, no solo le intrigaba muchísimo los sucesos que a él le ocurrían constantemente, si no que ella tenía los propios.

Siendo él aficionado a las letras y ella a la historia, formaban parte de dos mundos que se fusionaban perfectamente, como dos piezas de rompecabezas. Se llevaba bastante bien con Neptuno, una tarde en su casa recordó la vez que tuvo que estudiar la historia de Egipto para la universidad.

Adoraban a los gatos como semidioses, estos acababan con las ratas que eran el causante de la mayoría de plagas en aquel tiempo. Gracias a ellos las cosechas podían prosperar.

La noche anterior al examen final soñó que caminaba por las calles de la ciudad, hasta que se topó con un anticuario, algo atrajo su atención y tuvo que entrar. Allí, sobre un mueble, un gato de majestuoso pelo blanco la miraba fijamente.

Al día siguiente rindió el examen, tuvo la calificación más alta.

Se asombraban mutuamente con sus historias, y ambos veían su relación, ni más ni menos, por lo que era, un designio divino.

A los pocos años, ya cuando su trabajo y su lugar en la universidad estuvieron asegurados, ella se fue a vivir a su casa.

El día de la mudanza un eclipse solar maravilló a la ciudad entera. A ellos les pareció completamente lógico, y lo disfrutaron más que ninguno.

Fueron los años más felices de sus vidas, que culminó aquel día. De no haber sido por esos policías... de no haber sido por ese auto.

Llevaban su rutina con la mejor de las gracias. Por la mañana enseñaban en la universidad, y si el día lo ameritaba, y las ganas, por la tarde salían a dar un paseo. Al regreso, ya en su casa, corregían notas y se ayudaban mutuamente a organizar el temario para el día siguiente.

El, a la vez, trabajaba en un cuento.

Trataba acerca de un hombre que se daba cuenta que un día en su vida era un año para el resto del planeta, y tenía que convivir con las consecuencias. Cuando se lo contó a ella no podía parar de reírse, le causaba una particular gracia, hasta incluso dejó sus libros desparramados en la mesa porque no podía detener la carcajada.

Ella estaba enseñando acerca de los emperadores romanos, cuando dejó de reírse practicó con él la lección que daría a sus alumnos. Trataba acerca del momento en el que los egipcios y romanos se cruzaron en un momento de la historia a través de la unión de sus líderes; Julio Cesar y Cleopatra.

Esa noche durmieron profundamente, ninguno de los dos trabajaba al día siguiente. Él se despertó primero y preparó el desayuno.

En la mesa seguían los libros, los levanto y los puso en la biblioteca.

Uno en particular le llamó la atención y lo abrió por la mitad, un trozo de papel cayó flotado al suelo.

Era un poema que había escrito mucho tiempo antes que ella se hubiese mudado a la casa.

Se sentó a leerlo.

*“Iluminaremos el cielo*

*Tu con una flor negra*

*Yo con mi frazada de estrellas*

*Me esperarás riendo*

*Vendré riendo*

*Yo con tu flor negra*

*Tu con mi cobija de estrellas”*

Rememoró el sueño que tuvo aquella vez, sobre ella, con ella; y, como manantiales, cientos de recuerdos brotaron desde todos los rincones de su memoria.

Sintió vida, la respiraba y la exhalaba, la sangre le herví de emociones.

Un fuego lo recorría por dentro, no se podía tener quieto, sentía que si saltaba hubiera atravesado el techo. Todo encajaba perfectamente, vió a su vida entera como una sucesión simétrica de hechos. Que no solo terminaba en ellos dos, sino que ellos eran la inercia que la hacía girar.

Fue corriendo a la habitación. Debía verla. Ella se estaba despertando, tenía a Neptuno encima.

-Yo también- le susurro al gato, besando su frente

Se fue de la casa dejando el desayuno en la mesa.

Reía histéricamente.

La florería más cercana quedaba solo a dos calles. Veía señales en todos lados, fueron las dos cuadras más intensas que caminó en su vida. El cuerpo le quemaba, pero sin hacerle daño, en cada paso que daba tenía la sensación de que saldría flotando.

Pensaba en momentos vividos a su lado y los pájaros cantaban, y las hojas se caían de los árboles.

Seguía riendo sin parar, llegó a la florería y tuvo que disimular. La gente lo miraba de reojo. Siempre se había sentido observado pero esta vez era con razón.

Un oficial de policía lo miraba desde la esquina, llamó a un compañero y se acercaron a él, caminando lentamente.

Entró a la florería, era su turno, salió con una petunia en su mano. Quiso salir corriendo a su casa pero no era su intención levantar sospechas.

Aún reía tontamente.

Se paró en la esquina a esperar que el semáforo cambie para cruzar. Miró para abajo y vió las hojas de un libro sueltas, y pegadas, por el viento, contra el semáforo.

Las leyó, decían:

“...La fuerza gravitacional de Júpiter impide que la tierra sea colisionada de gravedad...”

Se rio histriónicamente, levanto la mirada y, desde el otro lado de la calle, los dos policías iban a su encuentro golpeando la cachiporra en sus manos.

Se dio media vuelta y se fue caminando.

La caminata se transformó en paso ligero. Y, en cuanto miro hacia atrás y vio que lo seguían con más énfasis, se echó a correr.

Hubiera podido llegar a ella de no haber sido por un auto que frenó justo en la senda peatonal e impidió su paso.

Los policías lo agarraron uno de cada brazo, y el horror se apoderó de él. Lo que había sido la risa más pura que alguna vez experimentó, ahora se convertía en un grito desgarrado de dolor, desolado pedía por favor que la dejen llegar a ella.

Los policías se miraban cómplices, riéndose por lo bajo. Uno de ellos piso con asco la flor negra que había caído al suelo. Lo arrastraban impunemente, él veía las miradas de los demás, y escuchaba susurros.

Ninguno parecía sorprendido, y a ninguno parecía importarle.

No supo adónde lo llevaron exactamente, estaba tan atontado por los golpes que no pudo ver nada.

Por las comodidades parecía ser un hospital, estaba esposado a la cama y con magulladuras en todo el cuerpo.

Desde la ventana veía copas de árboles por lo que asumía que estaba en un piso elevado.

Sabría que ella lo estaría buscando, que se estaría preguntando por que no había llegado todavía.

A su costado, en una mesa, una agenda y un bolígrafo. Hubiese querido decirle que él estaba bien, que solo llegaría un poco tarde.

Miró a la agenda de nuevo, la agarro, levantó el bolígrafo y se puso a escribir.

En ese mismo instante una hoja que caía de un árbol se pegó a la ventana.

FIN